

CAPÍTULO IV

EL HOMBRE

¿De dónde vino el hombre?

Vino de donde había venido la primera hierba que apareció sobre las rocas ardientes de los mares silurianos; vino de donde habían venido las diferentes razas de animales que se sucedieron en el globo. Emanó de la voluntad suprema del Autor de los mundos que componen el Universo.

Al terminar la época *terciaria*, los continentes y los mares habían tomado á corta diferencia los límites respectivos que presentan hoy día. Los hundimientos del suelo, las roturas del globo y las erupciones volcánicas no tenían lugar sino raramente y en sitios restringidos. La atmósfera era de una serenidad perfecta. Los ríos serpenteaban dentro de sus tranquilos cauces. Una vegetación abundante y variada embe-

llecía la Tierra. Multitud de animales poblaban las aguas, los continentes y los aires. No obstante, la obra de la Creación no estaba terminada. Faltaba un sér capaz de comprender estas maravillas y de admirar esta obra sublime; faltaba un alma para adorar y dar gracias al Creador.

Y Dios creó al hombre.

Oigamos las inspiradas palabras de Moisés, á quien llama Bossuet el más antiguo de los historiadores, el más sublime de los filósofos, el más sabio de los que han legislado: *Y dijo (Dios): Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, y mande á los peces del mar, y á las aves del cielo, y á las bestias, y á toda la tierra, y á todo reptil que se mueve en la tierra. Y creó Dios al hombre á imagen suya; creóle á imagen de Dios; creólos macho y hembra* (1).

Y ¿qué es el hombre?

Podría decirse que el hombre es un sér

(1) *Génesis*, cap. I, ver. 26 y 27.

inteligente y moral; pero esto sería dar una idea incompleta de su naturaleza. Franklin dijo que el hombre es el que sabe fabricarse utensilios; pero esto es reproducir una parte de la definición anterior. Aristóteles llamó al hombre "el sér prudente,, *ζῶον πολιτικόν*. Linneo, en su *Système de la nature*, después de haber llamado al hombre "el sabio,, *homo sapiens*, escribe junto á este nombre genérico estas profundas palabras: *Nosce te ipsum; conócete á ti mismo*. Un naturalista moderno, Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire, dijo: "La planta *vive*; el animal *vive y siente*; el hombre *vive, siente y piensa*,,.

Mas todas estas definiciones, examinadas á la luz de la sana filosofía, se encuentran deficientes. Para definir exactamente al sér humano hay que caracterizar la naturaleza y el alcance de su inteligencia. Lo que distingue á esta inteligencia, lo que distingue su nota característica y propia, es la facultad de *abstracción*. Así, pues, diremos que el hombre es un sér *inteligente y dotado de la facultad de abstraer*.

A causa de esta facultad, el hombre se ha elevado á un grado altísimo de poder moral y material. Por la abstracción ha sometido la Tierra á su imperio y remontado su alma á contemplaciones sublimes. Por ella ha concebido el ideal y realizado la poesía; por ella ha concebido el infinito y creado las ciencias matemáticas. Este es el grado inmenso que separa al género humano de los animales; éste es el que hace del hombre un sér aparte y absolutamente nuevo en el globo.

Hallar y comprender esta fórmula:

$$(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2,$$

ó la idea algebraica de las cantidades negativas, es propio del hombre.

Expresar y comprender pensamientos como éste:

Encima de los cielos desplegados
Al agua diste asiento;
Las nubes son tu carro, tus alados
Caballos son el viento (1).

es propio del hombre.

(1) Fray Luis de León, en la oda al salmo 103.

Inventar instrumentos músicos y obligarles á dar, ya gemidos lastimeros, ya alegres notas, es propio del hombre.

Transmitir sus ideas de generación en generación por medio del lenguaje escrito; trasladar al papel, al mármol ó al lienzo la figura de nuestros antepasados; obrar sobre la haz de nuestro globo cosas grandes, estupendas, maravillosas, es propio del hombre.

El hombre escudriña las entrañas de la Tierra, se pasea por el firmamento, horada las montañas, salta los valles, supera todas las distancias, comunica su pensamiento de uno á otro polo con la velocidad del rayo. El hombre lo ha dominado todo; y coronado con el laurel de tantas victorias sobre la materia, sentándose majestuoso sobre sus conquistas, puede exclamar con Arquímedes: *Da ubi consistam, cælum terramque movebo; dadme un punto de apoyo y moveré el universo.*

En vista de esto, no es extraño, pues, que un naturalista poeta se expresara en estos términos: "La gran columna

de los seres en quienes resplandece la vida, con su base plantada en la profundidad de los mares, se levanta llevando esculpida en su contorno, como las antiguas columnas triunfales, variedad infinita de formas, ora jeroglíficas, ora reales y actuales, y ostenta en su cúspide, á manera de hermoso capitel que da belleza y perfección al todo, al sér humano, inteligente, racional y responsable,, (1).

No quiero aquí pasar en silencio la preciosa descripción que del hombre hace el ya citado ilustre académico P. Miguel Mir, calcada, según él dice, en un admirable discurso de Jovellanos:

“Firme y erguido entre todos los seres que pueblan el Universo, dotado de la organización más exquisita y de la forma más bella y augusta, su aspecto

(1) The great colum of being, with its base set in the sea, and inscribed like some old triumphant pillar, with many a strange form, at once hieroglyphic and figure, bears as the ornately sculptured capital which imparts beauty to the whole reasoning responsible man (Hugh Miller).

mismo anuncia la superioridad que tiene sobre todos los demás vivientes. Deramado por la superficie del globo, es capaz de habitar todos sus climas y de extenderse en todas sus latitudes para dominar y señorear en todas partes. Habla, y todo viviente reconoce la voz de su señor y viene humilde á su morada para ayudarle y enriquecerle, ó tímido se esconde, respetando su imperio. No le resiste el rinoceronte en los umbríos bosques, ni la garza en la sublime región del viento, ni el leviatán en lo profundo de los mares. Todo se le rinde; á su albedrío está el planeta en que tiene su morada, y ya penetra sus abismos, remueve sus montes, levanta sus ríos, atraviesa sus golfos, ya se remonta á las nubes para colocar su trono entre los cielos y la Tierra. Su palabra, vínculo inefable de unión y comunicación con su especie, le da la portentosa facultad de analizar y ordenar el pensamiento, pronunciarlo al oído, pintarlo á los ojos, difundirlo de un lado á otro de la Tierra y transmitirlo á las generaciones que

no han nacido aún. Su alma sobre todo, destello de la luz increada, purísima emanación de la eterna sabiduría, sustancia simple, indivisible, inmortal, anima y esclarece la parte corpórea y precedera de su sér, y encaramándola sobre toda la naturaleza visible, la acerca y asimila á la Suprema Inteligencia. En ella brilla la luz esplendorosa del pensamiento y la fuerza incontrastable de la idea y del discurso. Más aguda que la saeta en la penetración, más veloz que el rayo en su movimiento, más extendida que los cielos en su comprensión, abraza de una ojeada todos los seres, y subiendo hasta la razón de su existencia, ve en ella la gran cadena que los enlaza y columbra la mano omnipotente que la sostiene. Así se levanta al conocimiento del Sér Divino, y á la soberana luz que destella del abismo de la Altísima Esencia; descubre el orden moral, el lazo invisible que une á todos los seres entre sí, y, enlazados, los pone en relación con la Deidad Soberana; así siente en su espíritu la dulce eficacia

de la virtud, el respeto á sus semejantes, el amor á la verdad, y, sobre todo, el íntimo religioso sentimiento de la Esencia Divina, que, desprendiéndole de todas las criaturas, le mueve á buscar en el Creador la causa y el fin de su existencia, como el principio y el término de toda felicidad,, (1).

Hanse escrito muchos volúmenes sobre la cuestión de la unidad del género humano, esto es, para decidir si ha habido muchos centros de creación del hombre ó si el tronco de nuestra especie es uno solo. Nosotros, como católicos, estamos persuadidos de que todos los hombres se derivan de Adán y Eva, y de que las diversas razas humanas, la blanca, la negra, la amarilla, no son más que el resultado de la influencia del clima sobre el organismo.

Consideramos al género humano como habiendo aparecido por vez primera, después del misterio divino y para nosotros impenetrable de su modo de crea-

(1) *Harmonía entre la ciencia y la fe*, cap. XV.

ción, en las fértiles llanuras del Asia, á la sombra de aquellas mesetas cubiertas de verdor que embalsamaban los aires con suaves perfumes, junto á las cristalinas corrientes del Eufrates.

Muy lejos estamos, como se ve, de participar de la opinión de aquellos naturalistas que se representan al hombre como un mono perfeccionado, y que en su principio tenía la faz disforme, el cuerpo peludo, que habitaba las cavernas como los osos y los leones, y participaba de los brutales instintos de aquellos feroces animales. Sin duda, el hombre primitivo atravesó un período en el que tuvo que disputar su vida á las bestias fieras y vivir como un salvaje en los bosques y en las llanuras; pero este período de educación no pudo ser muy largo, y el hombre, sér eminentemente social, pronto encontró en su reunión en grupos animados de los mismos deseos y atraídos por los mismos intereses el medio de domar los animales, de triunfar de los elementos, de preservarse de los innumerables peligros que le

amenazaban y de someter á su imperio á los demás habitantes del globo.

Tampoco consideramos más que como una quimera la suposición de aquellos que pretenden que nuestros primeros padres no fueron creados directamente por Dios sobre nuestro planeta, sino que fueron trasladados desde otro á la Tierra, ya en castigo de alguna falta si procedían de alguno más hermoso, ya en premio de sus buenas acciones si habían sido arrebatados de otro inferior al nuestro. El origen del hombre está clarísimo en el Génesis: "*Formó Dios al hombre del barro de la tierra,*" (1).

Ya que hemos estudiado el origen del hombre y su desarrollo progresivo, preguntémosnos ahora: Este hombre ¿está condenado á desaparecer un día de la superficie de la Tierra, como las razas de los animales que le precedieron y prepararon su venida? ¿Vendrá acaso un nuevo período glacial, análogo al

(1) *Génesis*, cap. II, ver. 7.

que en otro tiempo reinó sobre la Tierra, á poner un término á su existencia? Como los trilobitas del período siluriano, como los mastodontes de la época terciaria, como los megaterios de la época cuaternaria, ¿debe un día la especie humana aniquilarse y desaparecer del globo, por una simple extinción natural? ¿ó bien hay que admitir que el hombre, dotado del atributo de la razón, marcado, por decirlo así, con el sello divino, es el último y supremo término de la Creación?

La ciencia no puede pronunciar su fallo entre estas dos cuestiones, que sobrepujan su competencia y salen del círculo del discurso humano. No es imposible que el hombre no sea más que un grado en la escala ascendente y progresiva de los seres animados. El poder divino que ha derramado sobre la Tierra vida, sentido é inteligencia; que ha dado á la planta organismo, al animal sentimiento, al hombre razón, quizás se rese ve crear un día al lado del hombre, ó detrás de él, seres todavía su-

periores. Estos nuevos habitantes de la Tierra serían tan elevados sobre nosotros como nosotros lo estamos sobre el mono, y vendrían á dominar como por derecho natural sobre todo lo existente en nuestro planeta. Estas nuevas criaturas podrían no estar sometidas tanto como nosotros á la materia; su organización, más etérea, ofrecería algunas analogías con la de los habitantes de otros mundos superiores. La esencia y la naturaleza de sus facultades morales serían tan inaccesibles á nuestra comprensión como la luz lo es á la del ciego y el sonido á la del sordo. Este sér nuevo, que parecen haber sentido la religión y la poesía modernas en el tipo etéreo y radiante del ángel cristiano, podría muy bien un día ocupar los lugares que nosotros ocupamos y sustituirnos en nuestras viviendas. *Erunt æquales angelis Dei*, "serán semejantes á los ángeles de Dios,, dice la Sagrada Escritura hablando de los hombres resucitados para la vida eterna.

Durante la época primitiva, el reino

mineral existe solo; las rocas forman toda la Tierra, ardiente, silenciosa y desierta. Durante la época de transición, el *reino vegetal*, nuevamente creado, se extiende sobre el globo entero, al que pronto cubre de verdor y lozanía de un polo á otro polo. Durante las épocas secundaria y terciaria, el *reino vegetal* y el *reino animal* se dividen casi por partes iguales la Tierra. En la época cuaternaria aparece el *reino humano*. ¿Está destinado nuestro planeta á recibir algún otro huésped, y después de los cuatro reinos que lo ocupan debe ver aparecer un *reino nuevo*?

Debemos contentarnos con plantear este problema, sin esperanza de resolverlo. Este gran misterio, según la expresión de Plinio, "está escondido en la majestad de la naturaleza"; *latet in majestate nature*, ó, por mejor decir, en los decretos y en la omnipotencia del Creador de los mundos que forman el Universo.

Pero sea de esto lo que quiera, poseiónese ó no de la Tierra un sér más

perfecto que nosotros, llegue ó no llegue un momento en que la existencia del hombre se haga imposible, es cierto y de fe que vendrá un día de ira y de furor, día de amargura y de venganzas, en que se habrá convertido en un montón de cenizas toda la descendencia de Adán, en cumplimiento de la fatal sentencia fulminada por Dios al hombre: *in pulverem reverteris; te tornarás polvo*. Vendrá un día en que al sonido de la trompeta del ángel del Apocalipsis, y removiendo el poder divino aquel montón de cenizas, *resucitará toda carne* y se presentará ante Dios para ser juzgada.
